

ACTO SEGUNDO

La acción en San Sebastián, Mes de Agosto. El salón de lectura del Hotel Palais, de San Sebastián, en una noche de Agosto. Lateral y foro derecha, comedor, sirviendo en mesitas con sus luces, que apagan al concluir el servicio. A mitad de acto queda el comedor vacío y cierran la puerta que da al salón. Foro izquierda, terraza. Forillo, calle con árboles.

ESCENA PRIMERA

En el comedor, gente. PAZ, GENOVEVA y GUMERSINDO, en una mesa; en otra, MATILDE y EMILIA. En la terraza, un CRIADO de librea. En el salón, MERCEDES y PURA. Aparte, un CABALLERO. Una pausa.

CABALLERO.—(*Llamando por la ventana.*)—
Psch... Traígame café.

CRIADO.—¿Prefiere el señor que se lo sirvan en la terraza?

CABALLERO.—Prefiero que me lo sirvan en donde lo pido.

(*El criado se inclina y mutis por el foro derecha.*)

MERCEDES.—Qué mal genio gasta.

PURA.—Se aburrirá en el hotel.

MERCEDES.—Es mi vecino de cuarto.

PURA.—Entonces puede que no se aburra tanto.

MERCEDES.—Igual. Soy yo la que he de andar muy prevenida, porque es un hombre de una indiscreción permanente.

PURA.—¿Y te hace el amor?

MERCEDES.—También permanente. En la calle me sigue, en el hotel es mi sombra y en el cuarto le oigo siempre cerca de mi puerta.

PURA.—¿Y tú?

MERCEDES.—Como si no existiera: no le hago caso ninguno. Y además no debe estar muy firme de la cabeza.

PURA.—¿Se marea?

MERCEDES.—Mucho. Cuando vamos en el tranvía, cada vez que da una arrancada me pide perdón.

PURA.—¿Porque cae?...

MERCEDES.—No llega, pero se inclina bastante.

PURA.—(*Mirándole de reojo.*)—Antipático no es.

MERCEDES.—(*Mirándole de reojo.*)—Antipático..., no.

CABALLERO.—(*Rabioso.*)—¿Qué dirán éstas?

(*Al criado que le sirve.*)

¡Café y cognac!...

ESCENA II

DICHOS y una SEÑORA, saliendo del comedor y tomando un periódico de la mesa de centro.

SEÑORA.—(*A Mercedes y Pura.*)—¿Permiten?...

(*Mutis por la izquierda.*)

PURA.—¿Quién es, tú?

MERCEDES.—Aquella señora que dicen que está casada con aquel señor que dicen que es viudo.

PURA.—Sí, ya sé. ¿Y para aquí, en el hotel?

MERCEDES.—Vive aquí, sí. Parar, no; en ningún lado.

PURA.—¿Te fijaste? El encaje que lleva es de imitación.

MERCEDES.—Y el marido también.

PURA.—Así hace juego todo.

CABALLERO.—(*Por la Señora que hizo mutis.*)—¡Esa mujer es tonta! Sólo de esa manera

comprendo que una señora se atreva a pasar por delante de dos señoras. Es una provocación, y de fijo la habrá pagado con la piel.

ESCENA III

DICHOS, menos la SEÑORA. AURORA y SAGRARIO, del comedor.

AURORA.—Cada día sirven peor.

SAGRARIO.—No se come bien más que en Francia.

AURORA.—Y es lo que hago yo generalmente. Comer en Francia y almorzar en España.

SAGRARIO.—En eso te diferencias de los que comen en todas partes. ¿Te acuerdas de aquel día en Beaulieu, en el restaurant de La Reserve?

AURORA.—Ya lo creo. Fué admirable... Por cierto—y no sé cómo—allí me dejé olvidado un cubrecorsé.

SAGRARIO.—Eso fué en Marsella.

AURORA.—En Beaulieu.

SAGRARIO.—En Marsella.

AURORA.—Sería otro.

SAGRARIO.—Es posible.

ESCENA IV

DICHOS; DAVID, por el foro izquierda.

CRIADO.—Las señoras están en el comedor todavía.

(Mutis David, por la derecha.)

MERCEDES.—¿Este es el novio?...

PURA.—De esa muchacha, de Genoveva. Siempre va con ellos.

MERCEDES.—Pero creo que es viuda.

PURA.—Y dicen que muy formal.

MERCEDES.—Se murmura tanto...

PURA.—¿Y él quién es?

MERCEDES.—Un chico muy bueno y muy ordenado: no juega más que a los caballitos... y con ellas. Vamos, cuando ellas juegan también.

PURA.—Ya, ya...

ESCENA V

DICHOS y PABLO, por el foro.

PABLO.—¿No han venido a buscarme?

CRIADO.—No, señor.

PABLO.—Estoy en el hotel: avisalo.

(*Saluda a Mercedes y Pura*).

AURORA.—No ha querido saludarnos.

SAGRARIO.—A mí no me importa.

AURORA.—Ni a mí. Supongo, entonces, que le importará solamente a él.

SAGRARIO.—Y es un roñoso. Ayer no quiso prestarme diez luises. Dijo que no llevaba suelto.

AURORA.—¿Por qué no cambió?

SAGRARIO.—A eso dijo que no quería.

AURORA.—¿No? Pues ahora le daremos un disgusto. Buenas noches, Pablito.

PABLO.—(*Muy fosco*.)—Buenas noches.

AURORA.—¿Irá usted luego por el Casino?

PABLO.—No sé.

AURORA.—Pues buenas noches, Pablito.

(*Mutis Aurora y Sagrario, por el foro.*)

MERCEDES.—¿Son ustedes muy amigos?

PABLO.—No, señora.

MERCEDES.—¿Va usted a negar que las conoce?

PABLO.—Pues lo niego.

PURA.—¡Hombre, Pablito!...

PABLO.—Me conocen ellas a mí..., que es otra cosa. ¿Qué tal se ha pasado la tarde?

PURA.—Muy bien, ¿y usted, señor Valmir?

PABLO.—Regular. Ha sido una buena corrida.

PURA.—A mí el espectáculo no me divierte. Quitando la animación de la entrada y el paseo de la cuadrilla...

MERCEDES.—Lo demás...

PABLO.—Muchas gracias, porque en lo demás estaba yo.

MERCEDES.—Realmente, no hay adonde mirar. El público está de espalda; a los caballos, da horror; al toro... ya lo han visto antes.

PURA.—Son iguales todos.

MERCEDES.—Y a los toreros no me gusta, porque parecen curas con menos ropa.

PURA.—Es una diversión que se ha de entender algo para disfrutarla.

PABLO.—El mérito consiste en centímetros más o centímetros menos. De colocar las banderillas en un sitio o en otro, va una diferencia enorme.

MERCEDES.—¿Para el toro?

PABLO.—Para los espectadores.

MERCEDES.—Yo no estoy dispuesta a estu-

diarlo como ciencia. Me distraen más los conciertos, porque siquiera sabes lo que tocan.

PABLO.—Con el programa, claro...

MERCEDES.—Y los números que puedes aplaudir sin que te critiquen por mal gusto.

PABLO.—Cierto.

PURA.—¿Usted es aficionado?

PABLO.—¿A qué, señora?

MERCEDES.—Hombre, a la música.

PABLO.—Mucho. Sobre todo cuando hay baile.

PURA.—Por parejas se oye mejor.

PABLO.—Mejor: aislado no me seduce ninguna diversión.

ESCENA VI

DICHOS; VENDEDOR, por la ventana.

VENDEDOR.—(*Asomándose.*)—Caballero... El extraordinario de *La Voz de Guipúzcoa*.

CABALLERO.—¿Qué pasa?

VENDEDOR.—Cinco céntimos.

CABALLERO.—¿Pero qué ocurre para un extraordinario?

VENDEDOR.—Eso es lo que le cuenta a usted el periódico por los cinco céntimos.

CABALLERO.—Mañana lo sabré.

VENDEDOR.—Bueno.

(*Marchando pregona.*)

El extraordinario de *La Voz de Guipúzcoa*.

ESCENA VII

MERCEDES, PURA, CABALLERO, PABLO y PERICO, por el foro.

PABLO.—Este señor no está para gastos.

MERCEDES.—Le saldrá ya muy caro el veraneo... y ahorra.

PABLO.—Hola, Perico. ¿Qué hay?

PERICO.—Nada. El extraordinario éste anuncia que publicará otro extraordinario por la mañana si se confirman ciertos rumores de Madrid.

MERCEDES.—¿Qué rumores?

PERICO.—No los dice para no quitarle interés al otro número. Pero esta mañana traía una crónica interesante, de Miguel Calleja.

PABLO.—Es un buen escritor.

PERICO.—Muy bueno..., aunque escribe siempre en auto.

MERCEDES.—¿En automóvil?

PERICO.—No, en autobombo. Hoy dedica el artículo a los bañistas...

PABLO.—Ustedes son poco madrugadoras. No las veo nunca por la playa.

PURA.—Nunca.

MERCEDES. Yo no me baño en los puertos de mar.

PABLO.—¿No?...

MERCEDES.—No. Va gente de muy distinto pelaje... y no sabe una con quién se baña.

PABLO.—No sabiéndolo, hace usted perfectamente.

MERCEDES.—Es increíble que en San Sebastián, una población tan culta, no se hayan fijado en lo molesto que es para las señoras tener que bañarse en esas condiciones.

PURA.—Debían señalar un día para nosotras.

PABLO.—¿Que el mar se quedara un día en casa? ¡Pobre mar!

PURA.—No permitir más que señoras.

MERCEDES.—Una temporada me los recetó el médico y empecé; pero no pude terminar porque había un caballerito que se propuso lucir

sus habilidades cerca de mí, y nadaba de costado y buceaba...; en fin, llamando la atención de tal manera, que cuando hacía una plancha la hacíamos los dos.

PABLO.—Y eso es desagradable...

MERCEDES.—Figúreselo usted...

PABLO.—Me lo figuro.

CABALLERO.—¡Caramba con las exigencias de esta señora! Por la mañana pretende el mar para ella sola, y por la noche cuelga siempre las ropas en la llave de la puerta... ¿A ver si esto es vecindad, ni veraneo, ni na?

PERICO.—Cuando queráis...

MERCEDES.—¿Usted viene?

PABLO.—Aún no.

(Mutis. Mercedes y Pura, por el foro.)

PERICO.—Ten cuidado. La Adelina perdió anoche dos mil pesetas.

PABLO.—No.

PERICO.—Sí. Lo he visto yo.

PABLO.—Habrás visto que las jugaba y que el banquero las recogía, pero ella no las perdió.

PERICO.—¿Pues quién?

PABLO.—Veinte duros, yo. El resto, lo ignoro.

PERICO.—Pues cuidado hoy.

(Se dan la mano y mutis, Pablo por el foro hacia la derecha, Perico por el foro de la izquierda.)

ESCENA VIII

CABALLERO y CRIADO, que le sirve cognac.

CABALLERO.—Tráigame el extraordinario de *La Vos*.

CRIADO.—Irán a buscarlo.

CABALLERO.—¿No lo hay en el hotel?

CRIADO.—No, señor; es un extraordinario.

CABALLERO.—*(Levantándose furioso.)*—Bueno, ¡déjeme usted en paz! ¡Ni esto es hotel, ni estas son señoras, ni esto es na!...

(Mutis por el foro de la izquierda, seguido del Criado, que se disculpa.)

ESCENA IX

PAZ, GENOVEVA, GUMERSINDO y DAVID, del comedor.

PAZ.—Los días de corrida se forma una atmósfera irrespirable en el comedor.

GUMERSINDO.—No me atendéis cuando os digo que la temporada buena aquí es en Septiembre...

PAZ.—En Septiembre, Biarritz, Gumersindo.

GUMERSINDO.—A todas partes hemos de ir en pelotón, cuando van todos.

GENOVEVA.—Eso nos permite encontrar a algunos que son agradables.

DAVID.—Y a otros que no lo son. Creí que no llegaba a saludarles a ustedes, porque me detuvo en la calle media hora ese pesado de Asquerino.

GUMERSINDO.—Hay que sortearle, porque es tonto completo.

PAZ.—Pues yo le he oído algunos comentarios muy ingeniosos...

GENOVEVA.—Sí. A veces se olvida de que es tonto y dice agudezas; pero en su estado natural es inaguantable.

GUMERSINDO.—¿Ha comido Pablo con usted, David?

DAVID.—No...

GUMERSINDO.—¿Pero dónde estará ese chico?

PAZ.—Han venido a buscarle...

GUMERSINDO.—¡Siempre le andan buscando y siempre le encuentran!

PAZ.—Dispénsale, Gumersindo... Está en la edad...

DAVID.—¿Esta noche se quedarán ustedes al cotillón en el Casino?...

GUMERSINDO.—No.

PAZ.—Sí.

GENOVEVA.—Sí.

DAVID.—A don Gumersindo no le entusiasma el proyecto...

GUMERSINDO.—(*Sonriendo.*)—¿Dije que no y usted lo ha oído?... Pues ni usted lo oyó bien ni yo lo dije como quería. Será lo que ellas dispongan.

PAZ.—Armas un tresillo...

GUMERSINDO.—Eso haré. Dormir un tresillo...

DAVID.—¿Y por qué nos sustraeríamos nosotros a este ambiente de regocijo y de fiestas?

GUMERSINDO.—Hay épocas en que las ciudades se vuelven locas.

GENOVEVA.—Es como un soplo de felicidad, de diversiones y de alegría que nos envuelve y nos arrastra, y todos participan del vértigo de todos para ser dichosos.

DAVID.—Todos, no.

ESCENA X

DICHOS, CANTANTE y su COMPAÑERA, en la terraza.

CANTANTE. «Una reina, gentil moza,
cubierta de pedrería,
mandó parar su carroza
viendo a un pobre que pedía
por Dios una caridad.»

PAZ.—Es una plaga.

GUMERSINDO.—La culpa es de quien da limosna a estos vagos. No es una compasión bien entendida.

(*David echó mano al bolsillo, pero desiste al oír a Paz.*)

CANTANTE. «Y al mirar los cortesanos
la acción de su majestad,
se apresuraron ufanos
a imitarla en su bondad.
¡Dios pague la caridad!»

CRiado.—(*Suavemente a la Compañera, que tendió el platillo por la ventana del comedor de la terraza.*)—¡Fuera, fuera! Ahora mismo han estado aquí otros y se quejan los señores.

CANTANTE.—No se incomode. Ya nos marchamos.

CRiado.—Vuelva más tarde, si quiere.

CANTANTE.—Ya volveremos..., no se incomode.

(*Aparte a David.*)

ESCENA XI

DICHOS, MENOS CANTANTE.

GENOVEVA.—(*Aparte a David.*)—¿No quiso usted socorrerlos?

DAVID.—No me atreví.

GENOVEVA.—Ya lo he notado. En esto y en todo, el aire que se respira y el ejemplo que se da es nuestra mayor razón. Si mis padres la hubieran atendido, esos pobres llevarían la limosna de ellos y la de usted, como el pobre del cantar llevó la de los cortesanos porque quiso dar la suya una reina, gentil moza, cubierta de pedrería.

DAVID.—Lo que influye el ambiente para que seamos buenos o malos... ¡Si usted supiera la verdad que dice!...

GENOVEVA.—Esa es la fuerza de todas las

verdades... Por muy sencillamente que se digan resultan grandiosas.

DAVID.—No hice bien conteniendo mi impulso... Y si uno vacila ante un comentario para dar una moneda que apenas tiene valor..., pobres de los que pidan limosnas de bondad, de justicia, de amor...

GENOVEVA.—¿Siempre?

DAVID.—Siempre, no... Esa es la esperanza del que pide.

GUMERSINDO.—(*Aparte a Paz, que discretamente le llama la atención.*)—Ya lo noto, ya... Contigo, ¿se ha franqueado Genoveva?

PAZ.—No me habla nunca, pero habla tanto con él... que sospecho...

GUMERSINDO.—De las sospechas ya hemos pasado... Pero no me explico este silencio tan prolongado. No habiendo inconveniente, ¿por qué se recatan y por qué lo ocultan?

PAZ.—Sí, algo tardan.

ESCENA XII

DICHOS; EMILIA y luego PABLO, del comedor.

EMILIA.—¿No se arreglan ustedes para ir al Casino?

GUMERSINDO.—No hay prisa.

EMILIA.—Yo quiero ver los fuegos artificiales.

GUMERSINDO.—Tiene usted razón, Emilia. Hay que verlo todo.

PAZ.—Pues vamos nosotros, Gumersindo, que somos los remolones.

GUMERSINDO.—(*A Pablo, que entra.*)—¿Dónde has comido tú?

PABLO.—No he comido todavía. Cenaré luego.

GUMERSINDO.—Vas a echarte a perder el estómago.

PABLO.—Allá él.

PAZ.—Pero hijo...

PABLO.—Dispensa, mamá.

(*Al Criado.*)

Oye, ¿no han traído ningún recado para mí?

CRIADO.—No, señor.

PABLO.—¿Cómo que no?

(*Mira el reloj y mutis por el foro izquierda.*)

GUMERSINDO.—¿Qué le pasa a Pablito?

PAZ.—Dios nos libre de preguntárselo... Negocio de faldas.

GUMERSINDO.—¡Qué edad tan hermosa!... Vamos, mujer, vamos.

(*Mutis Gumersindo y Paz, por el foro derecha.*)

ESCENA XIII

GENOVEVA, EMILIA y DAVID.

EMILIA.—Matilde ha subido a contestar la carta del novio.

DAVID.—Como todos los días.

EMILIA.—La de hoy es funesta. Anuncia que vendrán los padres a pedirla... y a darle ese feo...

GENOVEVA.—Ese feo, ¿es el novio?

EMILIA.—Ese. Pero siquiera se ha decidido pronto, que otros...

DAVID.—¿Es obligatorio apresurarse?

EMILIA.—¿Qué duda tiene?... Los hombres han nacido para hablar con las mujeres; cuando no hablan, no han nacido para nada.

GENOVEVA.—Quizás les complazca prolongar la victoria.

DAVID.—¿Retrasar por capricho el momento de ser feliz?

GENOVEVA.—O por temor del fastidio que viene después de lograr lo que se desea. Son muchos los que no saben qué decirle a una mujer cuando ya le han dicho que la quieren.

DAVID.—¿Y ustedes no disculparían al que se dejase arrastrar de un encanto, y luego, no estimándose merecedor de tanta suerte, amara sin esperanza y quisiera sin decirlo?

EMILIA.—¿Romanza sin palabra?... Yo opto por las que tienen letra.

DAVID.—Esa hace falta siempre que se escucha con los oídos solamente; pero entre dos personas que se comprenden no es menester acudir a las palabras. Hablar de una cosa o de otra, o no hablar..., ¿qué más da?... La cuestión es sentirse cerca.

GENOVEVA.—¿Que aguarden?... ¿Mucho ímpetu para enamorarlas, calor de sol o de incendio para ser correspondido, y después mucha paciencia y mucha nieve para aguardar al amo y al señor?

DAVID.—¿Y si la tardanza obedeciese al espanto de hacerla desgraciada?

EMILIA.—¿Un hombre que no se conceptuara digno de llevarse una mujer?... Sería una modestia y sería inverosímil.

GENOVEVA.—¿Callar por miedo a romper..., o callar por miedo a seguir?

DAVID.—A seguir.

GENOVEVA.—¿Con una razón?

DAVID.—Con una razón.

GENOVEVA.—¿Poderosa?

DAVID.—Sí, poderosa, inmensa.

GENOVEVA.—Confesando la verdad merecerá indulgencia, si no fuese posible consolarle de mejor manera.

DAVID.—¿Y si no se atreve?

GENOVEVA.—Será desleal por la conducta y más desleal aún por el silencio.

DAVID.—¡Es usted cruel conmigo!

GENOVEVA.—¿Con usted?

EMILIA.—Pero ¿hablamos de usted, David?

DAVID.—En el supuesto de que fuera yo el silencioso, supongo que es ella quien me responde con dureza.

EMILIA.—Supongo que tú supones, que usted supondrá... ¿Conoce usted alguien que se encuentre en este conflicto?

DAVID.—A nadie.

EMILIA.—Ni yo.

GENOVEVA.—Ni yo.

EMILIA.—Es agradabilísimo resolver

cuestiones que no nos afectan directamente.

(Levantándose, hace una reverencia burlona.)

¿No es exacto, David?

DAVID.—Exacto, Emilia.

GENOVEVA.—*(Yendo a él.)*—¿Qué has querido decir? ¿Es algo contra mí?

DAVID.—Eso no puedes pensarlo.

GENOVEVA.—¿Contra ti mismo?... ¿Por qué has cambiado, David? ¿Por qué eras tan expansivo y tan amoroso, y ahora, convencido del amor, eres tan adusto?... ¿Qué ha pasado en ti, en mí, en los dos, o en el mundo entero, para esta frialdad y este desdén?

DAVID.—Te engañas.

GENOVEVA.—No quise mostrarme dolida de tu silencio, aguardando una explicación; pero es fuerza ya que me la des.

(Emilia, sentada a la mesa, toca fuerte con los dedos, como si fuera un piano.)

No te apartes de mí esta noche. Ya buscaremos ocasión de hablar...

(A Emilia.)

Perdona...

EMILIA.—Os olvidáis de que no sois enamorados y charláis como si lo fuerais...

DAVID.—Dispense usted, Emilia; es que me preguntaba...

EMILIA.—Sigán ustedes...; yo estoy divertidísima con esta polca.

GENOVEVA.—No era nada de particular...

EMILIA.—Por si alguna vez lo fuese, he de advertirte que las polcas, tocadas así, coinciden con la llegada de algún amigo.

GENOVEVA.—*(Viendo a Bernardo, que habla con un criado.)*—¡Ah!...

ESCENA XIV

DICHOS y BERNARDO, del comedor.

BERNARDO.—¿No hay Casino esta noche?

EMILIA.—Ahora.

BERNARDO.—Pensé que no saldrían ustedes por respeto...

GENOVEVA.—¿Por respeto a qué?

EMILIA.—¿Qué dice usted, Zúñiga?

BERNARDO.—Por consideración más bien, no satisfaciéndoles exhibirse en vísperas...